

LA DEFENSA

DIARIO POLÍTICO, COMERCIAL Y NOTICIOSO

Agencia en los Estados Unidos de Norte América—Spanish American Newspaper Agency (New York).
Con sucursales en San Luis, Cincinnati y Habana (Cuba).

Montevideo, Martes 2 de Febrero de 1892

Año 2.—Número 103

DIRECTOR POLÍTICO
BERNABÉ HERRERA Y OBES
DIRECTOR Y REDACTOR
JUAN DUFORT Y QUEIROLO
SECRETARIO-REDACTOR
FRANCISCO JUSTO

Inscritos pagadera adelantada
Mensual en la República . . . \$ 1.00
en el exterior . . . \$ 1.25
Número suelto . . . \$ 0.04
Anuncio . . . \$ 0.10

Los avisos y solicitudes se reciben hasta las 11.
No se devuelven los originales.

Oficina de la Dirección, Redacción, Administración e Imprenta: Calle Uruguay N.º 29.

LA DEFENSA

MONTEVIDEO, FEBRERO 2 DE 1892.

PERMANENTE

Mientras 'La Defensa' no llegue a sus destinos con la regularidad que tenemos obligación de exigir como habitantes del Estado y contribuyentes de la nación, diremos que el Correo Nacional, bajo las órdenes del Teniente Coronel Cipriano Herrera, es la república más adelantada de la República y en un momento de su historia que se prepara para dar un paso decisivo en su organización general.
El pueblo tiene el derecho de exigir de sus mandatarios que cumplan conscientemente sus deberes, la prensa tiene el deber de indicar la ineptitud e ineficiencia de los funcionarios que no saben o no quieren cumplir con sus obligaciones que le impone la investidura pública que les ha conferido el Estado.
Por eso, repetimos, que nuestra Dirección General de Correos no está a la altura de las exigencias de la época, ni llena las necesidades de un servicio público regular equitativo.
Mientras no cese para 'La Defensa', la prensa que es su objeto, en el Correo de la República y circule con la libertad y seguridad que las leyes dictan de la prensa nacional, mantendremos la protesta que antecede.

LA DIRECCION

QUINTEROS 1858-1892

Rememorando hoy en su trigésimo cuarto aniversario la hecatombe fratricida que regó con tanta sangre generosa el Paso de Quinteros y tendió sobre la patria el negro crepón que marca el luto, reproducimos la notable oración fúnebre que pronunció hace ochos años y probablemente pronunciará hoy al pie del mausoleo de gloria que guarda los queridos restos de aquellos mártires, el Dr. Don Angel Floro Costa.
Esta oración, estimada por todos como joya histórica y literaria, es el homenaje que, reproduciéndola, rinde LA DEFENSA a los muertos ilustres que el 2 de Febrero de 1858, se sacrificaron en aras de la patria.

ORACION FÚNEBRE PRONUNCIADA POR EL DOCTOR ANGEL FLORO COSTA EL 2 DE FEBRERO DE 1884, EN HONOR A LOS MÁRTIRES DE QUINTEROS.

Señor Presidente:
Señores:

No era yo por cierto el ciudadano más autorizado para tomar la palabra en este acto solemne de reparación nacional que nos convoca al pie de la tumba de los mártires que en Quinteros rindieron su vida en aras de la libertad de la Patria.
Este alto honor correspondía de derecho a las víctimas sobrevivientes de la luctuosa hecatombe que conmemoramos—pero al declinarlo ella en mí, han querido sin duda que una voz menos embargada por las congojas del sentimiento, se hiciera eco en este acto de incremento verídico, que la piedad póstuma de todo un pueblo ha pronunciado ya desde hace veinte y cinco años sobre aquella infame efeméride de nuestra Historia Nacional.
La religión de los recuerdos evoca-

dos al pie de las tumbas que guardan los despojos de mártires queridos, será siempre la más santa de las religiones—y la más conmovedora leyenda escrita en los blasones de un pueblo abanzado y generoso.

Estamos reunidos al pie de la tumba que encierra los gloriosos restos de las víctimas de Quinteros...
Pues bien, señores (¿Sabéis lo que es esta tumba?)
Esta tumba, señores, no es solo el santuario mausoleo que la piedad cívica nos levantó para perpetuar la memoria y la patriótica veneración de los ilustres mártires que encierra.
Es algo más que eso.

Esta tumba es una columna miliaria de nuestra ensangrentada historia—una pegoda de meditación y reconocimiento, donde las generaciones presentes y venideras vendrán a recibir inspiraciones cívicas y a dulcificar la violencia de sus pasiones frías ante la esterilidad de la sangre derramada y la inagotable fecundidad cristiana del martirio.

No quiero por lo mismo, señores, traer a vuestra mente los profijos detalles de las luctuosas escenas de aquellos días de vértigos criminales, que hoy solo harían revivir rencores cicatrizados por el tiempo;—y cuyo mayor dolor sería recoger sin duda con mayor frecuencia de boca de las víctimas que sobrevivieron.

Yo quiero tan solo aprovechar este solemne momento para hablaros del drama de Quinteros como enseñanza histórica y considerar aquel nefando episodio como el acto final de una época de sangre y de barbarie, que cayó para siempre la tumba de un partido político, a la vez que selló con la aurea corona del martirio el triunfo de la causa de la libertad y la civilización que durante cuarenta años venía debatiéndose con varia fortuna en ambas márgenes del anchuroso Plata.

Para darnos cuenta de la verdadera índole de los hechos más trágicos de la historia de un país, es menester buscar su etiología política a través de la enorme red de los acontecimientos, de las ideas dominantes y de los intereses y pasiones que han modelado el organismo de las naciones y el cerebro de los hombres que más han influido en ellas.

Quinteros, señores, de eso modo enmendado no aparece a la mirada del historiador filósofo como un crimen aislado, fortuito, único, sino como el último eslabón de una cadena de atentados, como la explosión, detraída del dinamismo de un partido político, amantado desde su cuna con tradiciones de sangre, educado en el vilipendio de la personalidad humana y que por lo que queda que ha pasado sus legiones al lado como Atila el estorminio por la frontera y en sus frentes el degüello por símbolo.

La mayor parte de los grandes crímenes que nos recuerda la historia, como las matanzas de Lión, las de los Albinoes, las vísperas Sicilianas, la San Bartolomé, el 2 de Setiembre en Francia, los dramas trágicos del terror, fueron señores, erupciones súbitas, violentísimas de la venganza social comprimida o estallidos brutales de las pasiones religiosas de la época;—fueron por decirlo así crímenes anónimos de cuya responsabilidad mismo se apresuraron a desentender ante el tribunal de la historia sus grandes instigadores.

Pero Quinteros, señores, tuvo este carácter peculiar, quizá más que otro. No fue un crimen anónimo de cuya solidaridad sinistra declinaron sus insensatos promotores.
Fue un crimen oficial, franco, descarado a la faz del país y del mundo; proclamado en documentos oficiales y en los libros de todo un partido político, como un gran acto de justicia Nacional glorificado como un fecundo y provechoso escarmentado que aseguraba la perpetuidad de la dominación del partido que tuvo la intrepidez de perpetrarlo a la faz de la Nación.

Fue más que eso, fué un crimen cometido a los ojos de la muerte por las insidias brutales de una capitulación violada; impuesto con sacrilegas presencias a los desecuentos físicos de un decrépito gobernante, por la febril presión de una tenebrosa oligarquía; disputado en fin señores, por la embriaguez del sofisma a la unisonancia piedad de todo un pueblo.

Y son estos caracteres excepcionales los que para mí revisten la hecatombe de Quinteros, de una fisonomía propia, única tal vez, en los anales de los pueblos civilizados.

Para que todo un partido político viera frías y frías a un hombre de la República como una danza de chales en presencia de un festín de muerte—para que sus primeros hombres de letras, como sus hombres de espada,—para que su ardorosa juventud como sus hombres provecos; con rarísimas excepciones se sintiesen convulsos y electrizados agitados por un solo sentimiento, la matanza del enemigo político.

El solo creía en la eficacia del crimen.—El solo como los Amonites había sabido rendir culto a Monolohé el Dios bárbaro de la sangre, por eso Quinteros debía ser y fué una nueva explosión de esas iracundas pariciones que se quedaron materialmente vencidas a pie de los muros de la defensa, no por eso quedaron moralmente estirpados del pecho sombrío de nuestros antiguos adversarios.

Era pues lógico, que retrocesen, anida, con todo el volcánico estremecimiento de los odios salvajes largo tiempo comprimidos y que marcaron siempre la distancia moral que ha separado el credo y la conducta política de los dos partidos, que bajo un mismo cielo han luchado por su predominio en esta márgen oriental del Plata.

Entre ellos y nosotros, entre los victimarios y las víctimas habría y quisiéramos hoy todavía por mucho tiempo un avivamiento moral que no alcanzará a negar jamás el sofisma ni la más hábil dialéctica política.

Y subsecual es ese avivamiento señores. Preguntásele a estas nobles víctimas sobrevivientes de aquellos nefandos días, que aun recuerdan con estupor las horas de angustiosa incertidumbre en que, como los condenados del Dante, vagaban sus ojos entre las esperanzas de la vida ó de la muerte.

Preguntásele y ellos solo podrían decirnos sobre humana elocuencia, con verdaderos acentos de ultratumba, lo que significa el respeto a la personalidad humana—lo que valen los esfuerzos perseverantes de tres generaciones ilustres, predicados sin cesar el horror a la sangre fratricida; vituperando la tiránica supresión de las formas en los procesos y derramamientos de inspiración patriótica, parientes al sacrificio por los principios liberales, que aquí como por toda la redondez de la tierra, son la suprema conquista del hombre civilizado.

Si, señores, porque nosotros como partido político hemos tenido siempre grandes y generosos ideales en el alma. Como los cruzados antiguos hemos combatido con una fe en el coraje dividido siempre entre las congojas de la infamia, una Jerusalén Celeste, que amenazaba inmolarse al islamismo de 'Plata, y a la que nuestro brazo, nuestra inteligencia y nuestro heroísmo han defendido y libertado.

Si alguna vez en el fragor intenso de la lucha, hemos tenido también momentos, porque nadie ha de desmentirnos, y para q' lo diga el mundo, jamás, jamás hemos sido avaros de la sangre de nuestros hermanos, ni hemos dado a la América el protervo ejemplo de esas concupiscencias brutales,—insaciables que fundan su porvenir y su orgullo en el estermínio sacrilego.

Victoriosos ó vencidos no hemos dudado de encontrar siempre en la fuerza virtual de nuestros principios la brújula moral que en todo tiempo debía preservarnos de las abominaciones de los grandes crímenes.

Por eso si hemos pecado ante la historia, nuestros pecados han sido de imperio, de indisciplina de confianza generosa tal vez de vanidad, de embriaguez y lirismo anárquicos pero nunca, como nuestros adversarios nos taceamos, nuestra conciencia con el gran pecado de Satán, que abomina el Arcángel, ni apurado hasta las hecatombes de los deliquios infernales del orgullo, que convierte al hombre en tirano pavoroso de sus semejantes, que perficia su conciencia en la ingratitud y el egoísmo y en surdece su corazón a los clamores de la miseria del infortunio, de la horfandad y de la muerte.

No era posible que la cólera cobardes, se trocase en gentileza é hidalguía—ni que su orgullo oligárquico hereditario por los nobles azares de la guerra, ni que su encastado egotismo, ni la intranquilidad de su fetichismo autoritario, abdicasen en una hora ante las leyes del honor militar y ante las consideraciones de una política elevada, fraternal y generosa.

El solo creía en la eficacia del crimen.—El solo como los Amonites había sabido rendir culto a Monolohé el Dios bárbaro de la sangre, por eso Quinteros debía ser y fué una nueva explosión de esas iracundas pariciones que se quedaron materialmente vencidas a pie de los muros de la defensa, no por eso quedaron moralmente estirpados del pecho sombrío de nuestros antiguos adversarios.

Era pues lógico, que retrocesen, anida, con todo el volcánico estremecimiento de los odios salvajes largo tiempo comprimidos y que marcaron siempre la distancia moral que ha separado el credo y la conducta política de los dos partidos, que bajo un mismo cielo han luchado por su predominio en esta márgen oriental del Plata.

Entre ellos y nosotros, entre los victimarios y las víctimas habría y quisiéramos hoy todavía por mucho tiempo un avivamiento moral que no alcanzará a negar jamás el sofisma ni la más hábil dialéctica política.

Y subsecual es ese avivamiento señores. Preguntásele a estas nobles víctimas sobrevivientes de aquellos nefandos días, que aun recuerdan con estupor las horas de angustiosa incertidumbre en que, como los condenados del Dante, vagaban sus ojos entre las esperanzas de la vida ó de la muerte.

Preguntásele y ellos solo podrían decirnos sobre humana elocuencia, con verdaderos acentos de ultratumba, lo que significa el respeto a la personalidad humana—lo que valen los esfuerzos perseverantes de tres generaciones ilustres, predicados sin cesar el horror a la sangre fratricida; vituperando la tiránica supresión de las formas en los procesos y derramamientos de inspiración patriótica, parientes al sacrificio por los principios liberales, que aquí como por toda la redondez de la tierra, son la suprema conquista del hombre civilizado.

Si, señores, porque nosotros como partido político hemos tenido siempre grandes y generosos ideales en el alma. Como los cruzados antiguos hemos combatido con una fe en el coraje dividido siempre entre las congojas de la infamia, una Jerusalén Celeste, que amenazaba inmolarse al islamismo de 'Plata, y a la que nuestro brazo, nuestra inteligencia y nuestro heroísmo han defendido y libertado.

Si alguna vez en el fragor intenso de la lucha, hemos tenido también momentos, porque nadie ha de desmentirnos, y para q' lo diga el mundo, jamás, jamás hemos sido avaros de la sangre de nuestros hermanos, ni hemos dado a la América el protervo ejemplo de esas concupiscencias brutales,—insaciables que fundan su porvenir y su orgullo en el estermínio sacrilego.

Victoriosos ó vencidos no hemos dudado de encontrar siempre en la fuerza virtual de nuestros principios la brújula moral que en todo tiempo debía preservarnos de las abominaciones de los grandes crímenes.

Por eso si hemos pecado ante la historia, nuestros pecados han sido de imperio, de indisciplina de confianza generosa tal vez de vanidad, de embriaguez y lirismo anárquicos pero nunca, como nuestros adversarios nos taceamos, nuestra conciencia con el gran pecado de Satán, que abomina el Arcángel, ni apurado hasta las hecatombes de los deliquios infernales del orgullo, que convierte al hombre en tirano pavoroso de sus semejantes, que perficia su conciencia en la ingratitud y el egoísmo y en surdece su corazón a los clamores de la miseria del infortunio, de la horfandad y de la muerte.

Todos los hechos sangrientos de ese partido político encontrarán algún día su explicación filosófica en esa médula de orgullo que lo caracteriza.

El orgullo ha sido su fuerza, su nervio, su coeficiente y su exponente político, su único verbo, la única salvadora que a la vez que le ha hecho impensable a la libertad, alimentó en él durante varios lustros esa persuasión enérgica, de que era el representante legítimo del principio de autoridad ante el despojo de la abdicación de 1838.

Por eso, como los legitimistas de todas las épocas no trepidó en aliarse al extranjero y traer la guerra a su patria y desgarrarla y sacrificarla pretendiendo levantar sobre las ruinas luctuosas del pabellón nacional la bandera blanca—floridada de su conde de Chambord,—del Attila del Cerro.

Fuó el orgullo, señores, lo que mantuvo y acaso mantiene hoy su cohesión formidable y su disciplina monástica al través de todas las vicisitudes de nuestra agitada historia; lo que le ha impedido humanizarse, democratizarse, comprometerse de los dogmas de nuestra moral política y deponer sus blasones autoritarios ante las insignias triunfantes de la libertad y el derecho.

Digámosle en una vez, él ha creído sinceramente en su nobleza, en los fueros de su alta baronía y ha sabido conservar inodorable todas sus idolatrías del pasado.

Aun hoy mismo sus restos forman una raza judaizante en el seno de nuestra sociedad cosmopolita con sinagoga aparte, vivamente convencida de la superioridad de su valer y sus lances y de su escudo nobiliario que fortifica los convencionalismos de su moral desolada.

Imbuído de tales sentimientos que aun no han perdido al través del tiempo su intensidad y su vigor educado bajo el yugo autoritario de dos generaciones tiránicas, no debió ver en las capitulaciones de Quinteros, sino un grupo de plebeyos rebeldes anárquicos y tumultuarios, indignos de la misericordia social, cuya muerte era un complemento necesario; después de haber amordazado nuestra prensa, encarcelado y desterrado a nuestros primeros publicistas y una esclarecidos militares y de haber de todos modos encamaleado los fueros de la soberanía popular.

Y al sacrificarnos así; creía firmemente que entraría para siempre, justos y en las entuladas riberas del Rio Negro y con los suplicios berberiscos que infligió a los salvados de la quinta, todo un pasado de gloria que no comprendía, pero cuando arder en sus mejillas.

Creía también que con la amplitud asiática horrenda, medioeval de una de capitación sin precedentes en la historia moderna quebraba para siempre la virilidad espantosa de un partido homérico y dejaba a perpetuidad garantido el sueño varsoviense de sus oligarquías rusas.

Tal vez todo lo previó,—todo lo analizó con usuraria minuciosidad, su frío y maquiavélico jacobinismo menos una cosa, señores, la esterilidad de la sangre fratricida las atrocidades magistral del martirio.

Como las matanzas de San Bartolomé retemplaron la fe de los Ugonotes y dieron origen a esas interminables guerras de religión que asolaron la Europa en los pasados siglos—asi también señores, los viejos compañeros de armas, los deudos y correligionarios sobrevivientes de aquellas nobles víctimas inmoladas en el Paso de Quinteros, se congojaron en el destierro y mantuvieron sus esfuerzos en una Olisea común para pedir a los victimarios cuenta estrecha de la sangre preciosa de las víctimas.

Vosotros todos conocéis la historia contemporánea.

¿A que recordar entonces? Conocéis las hazañas épicas de la gran Cruzada Libertadora que deba-

dar y dió en tierra con la dominación y las esperanzas sombrías de un partido criminoso tan empezado como reprobado é insensato.

Ahora bien,—¿Que es lo que ha quedado hoy señores después de cinco lustros de todas aquellas efervecencias sanguineas, de todas aquellas injurias satánicas, de aquellas luperas políticas en que una verdadera estratagemia de sangre parecía haber embargado todos los cerebros perturbándolos con los paroxismos de un letal veneno?
¿Dónde están, que han sido de todos aquellos fanáticos victimarios de esos aciagos tiempos?

¡Ay! vosotros demasiado lo sabéis. La justicia divina bien se ha cumplido en ellos y seguirá cumpliéndose hasta la remota posteridad!

Uno tras otro han ido cayendo como reprobos la implacable filo de las Parcas y los pocos que sobrevivieron arrastran consigo la ardiente sepultura de sus conciencias, como aquellos miseros habitantes de la ciudad de Dite, que coloca Dante en su Inferno.

Entre tanto las ideas de progreso han cuidado, los intereses materiales y la paz arraigada bajo la égida de nuestro gran partido político, convidan a todas las gentes del Universo a gozar de las bellezas de nuestro clima y de los dones provistos de una naturaleza exuberante.

La civilización se ha afanzado y los principios liberales y humanitarios que fueron siempre nuestro decálogo político, nuestro orgullo, nuestra fuerza y nuestra gloria, se han abierto anchos caminos y conquistado con su poder magnético hasta las generaciones descendientes de aquel partido para siempre vencido.

Horrorizadas ellas mismas de los crímenes de sus antecesores, han hecho una evolución de deseo que debemos respetar y aplaudir por que tiempos nos es dado por ahora exigir mayor sacrificio a los vínculos naturales de la sangre.

En su casi totalidad tal vez, la parte más ilustrada la juventud en masa, lo menos comprometida en las faltas del pasado ha repudiado toda solidaridad con el crimen.

Se ha arrancado con decisión su vieja divisa de guerra ha cambiado su nombre, su código y su lema político y con la protesta viril del ciudadano rehabilitado en su moral y sus principios, avanza hacia la vida política con el espíritu contrito y reverente y el corazón lleno de provechosas enseñanzas.

Nuestra misión señores no es desalentarles, sino antes por el contrario, tutelar su definitiva evolución.

Bajo las alas protectoras de nuestro gran partido político, hay campo para todas las ilustraciones,—cabens fluros, todos los orientales.
Y cuando nos falten inspiraciones generosas para nuestros adversarios, venidos señores, a demandarlas a estos lugares de silencio y de dolor donde se apagan los ruidos del mundo y se pone de manifiesto todo el humo del orgullo y de las vanidades humanas.

Contemplad señores, lo que no merecíamos.

¡La grandeza moral!—¡el genio del heroísmo guerrero! ¡la ciencia del martirio por la patria!

Felices de nosotros, señores que como partido político no somos inconscientes en la religión de las tumbas.

Felices de nosotros que tenemos tradiciones de que emorgullecemos, epopeyas grandiosas que enseñar a nuestros hijos, grandes ejemplos que transmitir a las generaciones que nos sucedan, nombres sublimes que que inspiren eternamente la literatura y el arte.

A semejanza de aquellas grandes milicias romanas que extendía su patriado al través de los siglos, el nuestro ni siquiera se ha debilitado por que la defeción ó la muerte nos halla arrebatado algunas grandes ilustres ciones.

Somos, señores, la rama predilecta de la Nación por que hemos sabido regarla y fortalecerla con el sacrificio y

el martirio de cinco generaciones, y si alguna vez cumplido una gran misión en el pasado, salvando la libertad y el derecho,—redimiendo al pueblo del cautiverio de la ignorancia, radicando la paz y consolidando el crédito público, aun nos resta que cumplir otra más elevada en el presente y en el porvenir haciendo grata y armada la patria común a todos los orientales, y derramando por igual desde lo alto del Sinaí político, los dones bienhechores de la justicia, del progreso, de la libertad y de la ciencia.

Por último, señores, felices mil veces de nosotros que mas arriba de la región en que se desencadenan los ciclones arrasadores de la vida, hemos podido agruparnos para erigir a la memoria de nuestros muertos ilustres, una tumba glorificada ya por la posteridad y que se levanta sobre la conciencia de un pueblo entero, como una grande y perpetua enseñanza moral—como un lugar de expiación para confundir a todos los excepcionales anti humanitarios—como tabernáculo de purificación, en fin, donde todos los uruguayos podamos deponer nuestras iras y rencores y venir a recoger los grandes ejemplos de la constancia cívica.

Los gemidos, señores, que aun se escuchan trémulos y vagorosos como los fatuos fuegos por las paredes de esta tumba, señores, lo que dicen a nuestros oídos y a los oídos del país entero.

¡QUE HA SIDO, ES Y SERÁ ETERNAMENTE ESTERIL EL DERRAMAMIENTO DE SANGRE ENTRE BERNABOS!

¡QUE HA SIDO ES Y SERÁ ETERNAMENTE ESTERIL EL FUEGO FERTILIZANTE DE LA FE Y LA SEMILLA DE TODOS LOS REPROBOS QUE HAN SALVADO LAS MANOS CATANES!

¡PERO ¡Hoy ahora terminad, señores una evocación de orgullo y de perjurio!

¡Sombras augustas, espíritus inmortales de Díaz, Tajes, Freire, Martiello, Caballero, Abella, Espinosa, Poyo, Sacarelli y demás nobles víctimas que incombustibles por las libertades patrias in el Paso de Quinteros!

Si como creo llega hasta vosotros en la mansión de los justos que habitáis y envidios en las ondas infinitas del mar la voz deprecatoria de los que se la tierra fuimos vuestros correligionarios políticos.

Si viviendo como vivís en el seno del Grande Espíritu inundados de sus celestiales lumbres, están ya aplacados vuestros males, dirigid una mirada hacia la tierra y derramad las bendiciones del olvido y del perdón sobre la memoria de vuestros inmolados y como géminos espíritus interesantes, rogad por la unión del que fué vuestro partido político y mas que todo y sobre todo por la fraternidad y concordia de la familia oriental.

Hé dicho.

ANGEL FLORO COSTA